

Inocencia e ingenuidad

JOSEP OTÓN

Es tiempo de primeras comuniones. Esta celebración tan popular nos traslada a la Última Cena de Jesús. Última desde el punto de vista cronológico, la muerte no le permitió al protagonista participar en ninguna otra. Pero última también por ser conclusión, momento decisivo en el que se condensaba su vida, mensaje y entrega.

Y esta experiencia tan densa, dramática y misteriosa, es asumida por unos niños después de unas semanas de catequesis. ¿Llegan a entender el alcance de lo que celebran? Tal vez no. Quizás andan más preocupados por los vestidos, la fiesta y los regalos. Posiblemente sus catequistas tampoco perciben la plenitud de lo que han explicado. Ni tampoco los padres y padrinos. Jesús se ofrece como víctima inocente. Igual no nos lo acabamos de creer. Quizás no se le condene por sus obras, sino por sus omisiones. ¿Acaso no atribuimos a la pasividad divina muchas de nuestras desgracias? En el fondo del corazón humano, ¿no pervive un rescoldo de resentimiento que culpa a Dios por no ver cumplidas nuestras expectativas?

Ya nos dice el Evangelio que tenemos que ser como niños. Pero no niños díscolos y rencorosos, que los hay. No niños que imitan a los adultos. Se nos invita a ser como niños capaces de asumir la candidez de la infancia. ¡Qué tremendo es nuestro enojo si nos toman por ingenuos! No soportamos parecer tontos. Sin embargo, para percibir la profundidad sobrehumana de un inocente que se entrega hasta el extremo, hace falta una gran dosis de ingenuidad. Es necesario ser limpios de corazón, prescindir de prejuicios y abrirnos a la madurez de sabernos niños frente a Dios. *

